



TROMPETAS Y LUCEROS

OCTAVIO VILLEGAS

Diplomático y periodista colombiano

En las colinas que en otro tiempo soportaron los templos, en un trono de naranjales y viñedos, reposa la Ciudad Santa, la señora de las gentes. La ley ha dispuesto que todas sus edificaciones sean de piedra, cavada en el propio terreno. Unas veces la corta y la pule la máquina; otras, la mano de hombres. Nada más alejado de la maternidad que la piedra, hosca y estéril. En Jerusalén se multiplica y engendra. Vino la luna llena y vimos brillar sus muros como los describió el apóstol, igual que una joya que las congregase a todas, zafiro, calcedonia, esmeralda, topacio, jacinto y amatista. En la noche serena, por la terrazas y los patios corre presurosa la miel de los azahares.

Frente a nosotros, el monte de Sion se abre como un capítulo de meditaciones. Hace tres mil años David retornó victorioso después de vencer a los mohabitas, y prometió construir una ciudad en honor de Dios. Pero el profeta Natán le hizo saber que el cielo vetaba su proyecto, porque tenía las manos manchadas de sangre, David se echó a tierra, llorando. Y tornó a hablar el profeta para decirle que Dios le otorgaba el permiso de construir la ciudad, en premio de su lucha por Israel. De un salto se

puso de pie y acompañándose con el arpa, hizo correr el río de los salmos. Pero el templo lo debía construir Salomón, que jamás empuñó la espada vengadora.

En esta Jerusalén tan lejana geográficamente, entre el Asia y el Africa, se está más cerca de la América Latina que en Europa, hecha excepción de España. El idioma español se ha conservado en las familias de los sefarditas, expulsados hace cinco siglos de la Península Ibérica. Las mujeres son las encargadas de custodiar ese divino tesoro. En todos los sitios alguien se entiende con nosotros. Inclusive la Cancillería acepta las notas en español y la mayoría de sus funcionarios lo habla.

Es viernes y nos sorprende escribiendo el toque desteñido de una trompeta. Salimos a la ventana para mirar. Un viejo rabí, de barbas rizadas, anuncia la llegada del "Shabat" o día santo. Son las cinco de la tarde y todas las actividades se paralizan de un solo golpe. Los buses y los taxis ya han desaparecido y las gentes se refugian en la sinagoga. Las calles quedan solitarias. Sólo el sábado tornará a fluir la vida, cuando dé su señal el primer lucero vespertino.